

ENTRE EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

Patricia Cardona

El águila y la serpiente son un símbolo nacional. Son también la estructura psíquica y anímica de los grandes hacedores. El águila representa el poder del espíritu. La serpiente, simboliza la fuerza de la transmutación. Águila y serpiente, juntos, son una premonición: la capacidad para alcanzar las más grandes alturas, como para tocar el fuego purificador del centro de la tierra, están implícitas en estas dos caras de la naturaleza humana, y del planeta entero.

Guillermina Bravo es águila y serpiente, como el emblema mexicano. Reconocerlo ahora, que se inicia un homenaje nacional a esta maestra, testigo y protagonista de la historia del siglo XX, tiene todo el sentido del mundo

El horizonte del águila es tan vasto como le permita alcanzar la altura de su vuelo. Se ha ganado el derecho a zurcar los cielos porque ha conocido el vértigo del descenso. Abajo está la serpiente, que significa alquimia, transformación, reproducción y ascenso. Cuando desciende el águila se inicia el ascenso de la serpiente. De ahí viene la serpiente emplumada. Ave y reptil se funden y crean una naturaleza singular.

Visualizo a Guillermina Bravo como una serpiente emplumada. Conozco su coreografía a partir de 1973. Años más tarde la he conocido a ella personalmente. El perfil de su rostro me lo dijo desde un principio: esta es una mujer convertida en águila y por dentro, enroscada, trae oculta una serpiente renovándose, elevándose en el fuego de la creación.

Estas palabras no son metáforas. No son poesía. Todo lo anterior lo he visto, primero, en sus obras. Luego lo he visto en la firmeza de su mirada. También lo he sentido en la contundencia de sus palabras. Hablo, simple y llanamente, de la energía invisible pero palpable de Guillermina Bravo. Hablo de su proyección. Hablo de su presencia. Esto es una realidad. No es poesía. Sólo que para hablar de lo invisible, hay que recurrir a los símbolos.

La serpiente es un símbolo universal que representa, en el plano material, la pasión, la procreación y la vitalidad física. En el plano emocional, significa ambición, creación y resolución. En el plano mental se convierte en el poder del intelecto, carisma y liderazgo.

Pienso en sus coreografías como *Bastón de mando*, *El llamado*, *Constelaciones y danzantes*, *Epicentro*, *Sobre la violencia*. Vienen a mi mente, de

inmediato, las mismas cualidades, reflejadas en la serpiente: pasión, erotismo, vitalidad física, creación, resolución, poderoso intelecto, carisma y liderazgo.

Pienso también en el vuelo libre del águila, relajado, seguro, sin contracciones, ni temores. La claridad de su objetivo es determinante. De ahí que se haya podido instalar en el gozo supremo del impulso de su corazón, es decir, de su búsqueda y trayectoria.

El cuerpo público, agigantado, dilatado de Guillermina Bravo es su coreografía. Su cuerpo físico, privado, casi siempre está oculto, encerrado en un estudio, investigando, acompañado de sus bailarines. Por lo menos así es desde que la conozco.

Pero el cuerpo público de Guillermina Bravo es un cuerpo exacerbado, como el de los animales que defienden su territorio, su cría, su alimento. Su energía es enorme, su presencia es gigante, todos sus gestos están impregnados de necesidad, de estado de alerta, de atención y por tanto, de precisión. Por eso son gestos, movimientos y desplazamientos indispensables. El animal no se puede dar el lujo de desperdiciar su energía en gestos innecesarios. Esto pondría en peligro su oportunidad para la sobrevivencia. Lo mismo ocurre en el ámbito de una coreografía.

Desde las obras de corte social, realista, pasando por las de tipo mágico rituales, hasta llegar a las de naturaleza geométrica y más tarde las que indagan sobre las raíces de la vida humana, se percibe una necesidad urgente en Guillermina Bravo, por resolver un tema o una pregunta específica. Esta Bravo por resolver un tema o una pregunta específica. Esta necesidad es sinónimo de impulso. El impulso es una carga nerviosa que impregna de sentido y dirección cada uno de los gestos y desplazamientos.

No conozco la obra de Guillermina Bravo de los años 50. Tampoco la de los años 60. Sin embargo, leyendo el libro de César Delgado sobre coreógrafa y leyendo, asimismo, entre líneas el contenido de esa historia oral, así como por lo que extraigo de mi propia experiencia, deduzco lo anterior.

Las serpientes transmutan, su piel, pero siguen siendo, en esencia, serpientes. A lo largo de toda su vida creativa, Guillermina Bravo ha quemado cada piel en el fuego de la creación. Este ha sido el hilo conductor de toda su trayectoria.

Cuando escribo estas palabras me explico por qué las obras de Guillermina Bravo me dejan una sensación de plenitud. Alimentan una parte muy primitiva, muy antigua de mi cuerpo como espectadora. Pocas experiencias de la vida contemporánea cosmopolita nutren estas ancestrales necesidades. Son ritmos, pulsaciones que nos remiten a una naturaleza muy pura y primigenia, del hombre. Carl Gustav Jung le llamará a estas pulsaciones los "arquetipos universales". Son patrones psíquicos de comportamiento, que finalmente se

traducen en estructuras de energía en nuestra mente universal, porque aparecen en todas las razas, todas las culturas, todos los tiempos. Son estructuras de comportamiento que el cuerpo y la emoción del espectador asimila como patrones incrustados en su propia genética, en su propia memoria orgánica y emocional. Le recuerdan al espectador qué tan grande es, qué tan vital, qué tan antiguo. Le recuerda que no está solo, que pertenece a una raza humana universal. Le recuerda que tiene hermanos de sangre, que todos somos, finalmente, lo mismo cuando logramos atravesar las apariencias de la piel y de la cultura.

Esto provoca una gran sensación de bienestar. Proporciona un arraigo. Nos hace tocar la raíz. Ya no nos sentimos tan huérfanos en esta civilización sofisticada, tecnológica, efímera.

La obra de Guillermina Bravo es un llamado, primero, a los sentidos. Los despierta y los atrapa. Pulsación rítmica, contrastes, cambios de equilibrio, economía de movimiento, recursos sorpresivos, juegos dinámicos crean una revolución en la energía escénica de la cual difícilmente nos podemos escapar.

Los bailarines, entrenados para convertirse en corceles, leones, águilas o gacelas, van construyendo estructuras perfectamente organizadas.

Yo no recuerdo, en mis 25 años de conocer el trabajo de Guillermina Bravo, de haber rechazado una obra por confusa, incompleta o descuidada.

La primera que me impresionó fue *Epicentro*. Desde entonces, esta fuerza primigenia no abandona a Guillermina Bravo. Es el resultado de su largo viaje hacia sí misma y luego al África, donde estudia los rituales y fiestas de los aborígenes. Desde entonces conozco la contundencia orgánica de sus gestos. Sus bailarines se despojan de todo manierismo para entrar en la sobriedad expresiva de Guillermina Bravo. Esto me recuerda mucho la expresión corporal de los aborígenes de Australia, que se disponen a convivir con las fuerzas de la naturaleza mediante gestos que todo el cosmos quiere escuchar y sentir. El universo entero se regocija y entra en estado de plenitud de sólo contemplarlos. Recibe estos ritmos, estos pasos que hacen vibrar la tierra y que provienen de la pelvis, del torso de los danzantes.

Guillermina Bravo viajó al África para "encontrar al animal humano", según me dijo un día. Ya había compuesto *Danza para un bailarín que se convierte en águila*. Ahí confirmó lo que ya intuía: que los seres humanos somos necesidad, impulso y acción eficaz si nos permitimos la comunicación con los valores universales, esenciales, arquetípicos. Ahí confirmó que hombres y mujeres somos necesidad, impulso y acción eficaz si queremos proyectar credibilidad, la verdad más profunda de nuestro ser.

En los 25 años que conozco la obra de Guillermina Bravo, jamás rechacé una coreografía por falta de credibilidad.

Guillermina estudió música y teatro. Aparte, es una investigadora incansable, obsesiva, de sus temas coreográficos. Indaga hasta encontrar el por qué y el para qué de todo. He visto minuciosamente los videos de sus coreografías y esto es lo que recibo. Se me hace que Guillermina tiene una mente renacentista. No sólo se abre a la amplitud del conocimiento, sino que en ella renacen estructuras antiguas.

Esta cultura formativa es ejemplo para las generaciones actuales. Porque garantiza la sobrevivencia de su obra. Quiero decir con esto que sus coreografías resisten el paso del tiempo, sin desplomarse, sin perder vitalidad o vigencia.

Hay una ley en la naturaleza que nos dice que la forma eficaz, es decir, la que puede sobrevivir, permanecer, al mismo tiempo que evolucionar dinámicamente, es aquella que permite el crecimiento sin estorbos, y a la mayor resistencia estructural. Sospecho que la música y el teatro le han dado a Guillermina Bravo el conocimiento de la resistencia estructural. La forma sin estorbos es la forma indispensable, la que lo dice todo con el menor desgaste de energía.

Teatro y música son parte integral de la formación de un bailarín y coreógrafo. Cuando la danza se quedó huérfana de estos hermanos escénicos, perdió su consistencia, su poder, su enorme poder. Hoy, se ha reducido a un arte penosamente infantil, algunos le llaman "light", tan efímero que difícilmente llega a instalarse en la memoria del espectador.

Ahora tendría que preguntarme por qué muchas de las obras de Guillermina Bravo siguen resonando en mi sistema nervioso, como si no se acabaran nunca. ¿Por qué han permanecido en mi memoria?

Según la sicología moderna, son obras que han logrado atravesar el "portero" de la memoria. Esto quiere decir que han sido suficientemente eficaces para retener la atención de la mente, atrapar los sentidos, cambiar los estados de conciencia del espectador, alterar sus estructuras anímicas, afectivas. Son obras que conmueven, es decir, que ponen en movimiento los sentidos, y a partir de ahí, los recuerdos, las emociones, el chasquido de la piel.

Hay una gran diferencia entre impresionar, y conmover. Hoy día se libra la batalla entre ambos conceptos. Impresionamos con saltos acrobáticos, pero no conmovemos. En Guillermina Bravo he observado, por el contrario, la capacidad de conmover con gestos y movimientos indispensables, económicos, esenciales, cargados de personalidad.

Esa es la diferencia.

Muchas obras de Guillermina Bravo han atravesado el "portero" de la memoria porque ahí está, clara y contundente, la ciencia del oficio escénico. Destreza y precisión en el manejo de la técnica; un lenguaje expresivo que denota decisión, estado de alerta, estado de alta tensión, contrastante, diná-

mico, sorpresivo; manejo impecable de estructuras que permiten una lectura clara del tema y su desarrollo; un manejo d la dramaturgia dancística que impregna de sentido, de necesidad, de impulso, de un por qué en todas las acciones.

Son muchos años de experiencia y de intuición de águila lo ha conducido a Guillermina Bravo a ser la maestra que hoy nos sigue sorprendiendo con su vitalidad, su destreza, su precisión.

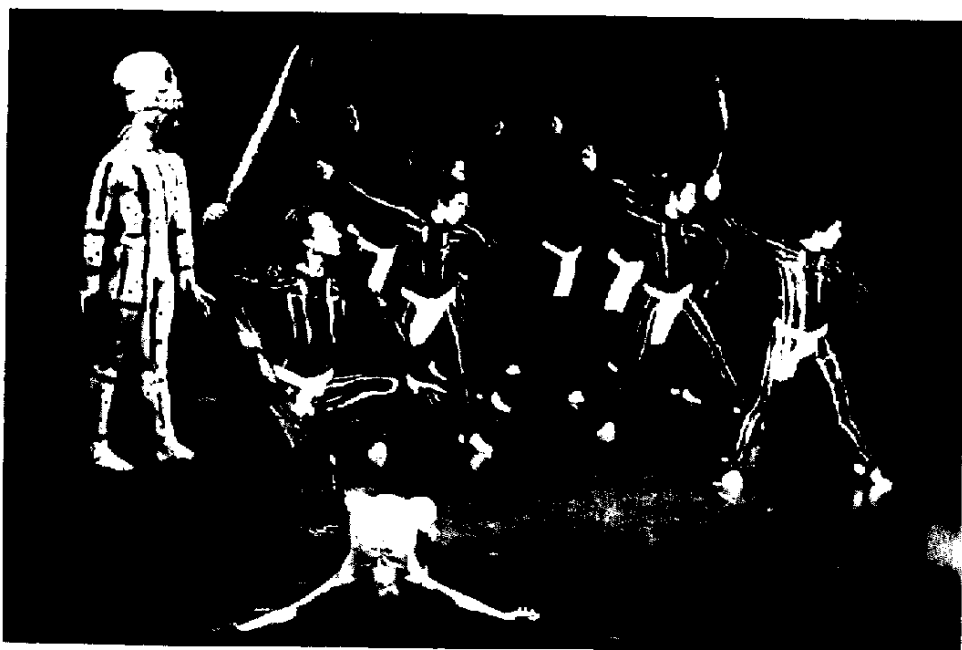
Se supone que los emblemas nacionales sirven para toda la vida. Que están ahí como ejemplo, como estímulo, como guía de una sociedad. Pero nos olvidamos de ellos cuando se convierten en demagogia. Hoy día, el águila y la serpiente no son más que un sueño en el inconciente colectivo. Pero de pronto hay un individuo que nos despierta de ese sueño y nos recuerda el origen de todo. Nos recuerda, particularmente, el poder de ese origen.

Guillermina Bravo es una mensajera vital del inconciente colectivo.

Así le tocó vivir. Aquí, en México, le tocó vivir.

Afortunados somos, quienes la conocemos.





Código Borgia (1991).

Foto: Fernando Maldonado



Sobre la violencia (1989).